

apoyándose en teorías vinculadas con la intertextualidad, advierte en la obra de Sonia Manzano una alternancia de voces y niveles lingüísticos proclives a la picaresca, que dinamizan un discurso en el que los descubrimientos y las veladuras del yo muestran los desplazamientos de la ficción hacia las marcas autobiográficas. Las focalizaciones costumbristas relativas al cancionero popular y al tango alcanzan en la escritora un valor sociocultural.¹

Este reconocimiento lo dice todo.

CECILIA VERA DE GÁLVEZ,
UNIVERSIDAD CATÓLICA
SANTIAGO DE GUAYAQUIL

MARCELO BÁEZ MEZA,
***El mismo mar de todas
las Habanas,***

Quito, Pontificia Universidad Católica
del Ecuador, 2013

¿Adónde viaja el poeta cuando sale de casa, cuando cruza un umbral, desciende de un barco o de un avión, adónde camina, hacia dónde le llevan sus pasos? He aquí que arriba a un puerto, va por el malecón, contempla el Morro y de inmediato adivina el lector que llegarán por el mar unos navíos que proceden de diferentes épocas, que quizá formaron parte de distintas armadas o de expediciones inauditas. La ciudad es bella, con una belleza de perla que resplandece a la luz del mediodía, aunque más tarde se trasmuta en una belleza nocturna de obsidiana a la que sacan destellos la luna creciente y los faroles. El poeta se pierde por los soportales en la penumbra, se protege en la niebla. La ciudad, extrañamente, se ha detenido en el tiempo. ¿Adónde viaja el poeta cuando viaja? El poeta viaja hacia el poema, hacia otros poetas. El poeta Báez viaja a La Habana y consiguientemente, pues no podría ser de otra manera, hacia el gran poeta de la ciudad, que permanece para toda la eternidad en su silla mecedora, contemplando el universo en la palma de su mano. Su mano que se expande en la noche. Apenas ha arribado a la casa de Trocadero donde espera Lezama Lima envuelto en las volutas de humo de su habano (Lezama coloca cuidadosamente sobre la mesa el libro que estaba leyendo por enésima vez, un verdadero clásico, *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* de Fernando Ortiz) cuando el poeta guayaquileño escucha que el

1. Teresa Furgón de Fritsche, en *Boletín de Humanidades*, Nueva época 7, 2006.

gigante pronuncia unas palabras que aquel se apresura a recoger mientras cruza el umbral. Lo ha cruzado con ese epigrafe, y estamos, nos dice Báez luego, en el Cero, pero cuando apenas se ha escrito el título del poema inicial se ha dejado ya el no-ser del libro o del poema, aun si todavía en los versos de los primeros poemas podemos advertir cierto titubeo, cierta reticencia. ¿Por qué se resiste el poeta al poema? Que no hay Virgilio alguno que lo acompañe, dice Báez, recordando con cierta audacia e ironía al poeta florentino llamado a descender a los infiernos. Pero Báez no va a descender al infierno, va a entrar en la sucesión de ciudades que es La Habana, y lo hará de la mano, o de la sombra de la mano, del gran artífice, del gran mago y maestro de la imagen, o, dicho con mayor precisión aún y como él diría, de la *imago*, es decir, de la imagen que penetra en la historia o de la imagen penetrada por la historia. ¿Tal vez el poeta visitante escuchó a Lezama decir que en su travesía por el universo no tuvo un Virgilio cerca? No, no creo que lo haya dicho Lezama, que sin moverse de su silla mecedora convocó a su compañía a tanto poeta de todos los tiempos.

El mismo mar de todas las Habanas es un viaje poético hacia Lezama, es un homenaje al gran poeta y a su ciudad, recorrida esta en clave poética. ¿Por qué “el mismo mar”, se pregunta el lector? Las ciudades cambian con alguna rapidez, es cierto, y los océanos solo al cabo de eras geológicas. Comparado con el tiempo dado para la existencia de los seres humanos e incluso para el de sus creaciones culturales, el mar parece no cambiar nunca. Mas, ¿acaso no cambia, se puede argüir, con las horas del día, con las mareas, los vientos, las

tormentas? Quizá la poesía sea como el mar, semejante a sí mismo al fin y al cabo pese a los oleajes, pese a sus momentos de calma chicha, pese a su límpida superficie resplandeciente bajo el sol u oscurecida por los sargazos, un infinito que se abisma en la hora más negra de la noche. El mar de la poesía: destellos, fulgor, abismos. La palabra poética habla del ser de una manera que nos toca íntimamente y a la vez nos extraña. Pero las ciudades cambian ante nosotros, distintas siempre y a la vez una misma, una historia. Como los poemas que escriben los poetas. *El mismo mar de todas las Habanas* es un libro de poemas que habla de la poesía y de los poetas. A unos se los nombra: Homero, Virgilio, Ovidio, Dante, Cervantes, Lope, Góngora, Quevedo. Se habla de ellos y se los entrelaza. A otros se los cita: Gironde, Borges, Neruda, Eliot, Granizo... Los poetas se confunden en el poeta diverso que vuelve a ocupar su silla mecedora en la casa de Trocadero. Lo vemos salir de *Paradiso*, vemos al espectro de su alter ego espiar por la ventana a los vecinos, y alguna vez caminar hacia el barrio chino de La Habana en compañía de su visitante. Este acompañará al poeta excelso o a uno de los múltiples espectros hasta el Majestic, el cine cuyo techo era el cielo nocturno donde fulguraban las estrellas. Ahí conversarán por horas, pues este visitante, el poeta Báez, resulta ser un cinéfilo que se enfrasca en meditaciones cuasi metafísicas y cuasi fisiológicas, pero siempre poéticas, sobre el ojo y la pantalla; sobre el tiempo, la eternidad y el fotograma; y, por supuesto, aprovecha la ocasión para dialogar con el fantasma de Lezama sobre la imagen poética. Más tarde entrará la madre del

poeta, su espectro ha vuelto para mirar lo que ha escrito José, nosotros los veremos, al poeta y su madre, gracias a la cámara de Báez que los ha captado así: el espectro de ella acercándose en silencio y con ternura hacia él, que aunque parece adormecido en la silla mecedora está imaginando otro universo. La presencia de la madre se percibe límpida y amorosa en el ambiente de esa habitación del poeta, así lo vemos en la sucesión de estos versos que capturan la imagen y la proyectan sobre la pantalla que es la página.

La meditación sobre la imagen que atraviesa el libro entero conduce, se diría que con necesidad, hacia la pintura. El poeta que visita La Habana va por las noches a las tabernas, y al salir de una de estas una noche pareciera que se topa con algún Rembrandt en búsqueda de personajes para su *Ronda nocturna*, aunque los personajes del poeta sean más bien unos cuantos borrachos y aunque no se trate de la ronda de vigilantes que, como sabemos, están envueltos en alguna conspiración perversa en Ámsterdam. Otra noche, esto es, otro poema, nos llevará a un burdel para contemplar a *Las señoritas de Avignon*. Así, la ciudad se multiplica. Se remonta al pasado, hasta Quíos, donde es posible escuchar al poeta supuestamente ciego que alude a su juventud de guerrero. Se expande la ciudad hasta alcanzar “todas las Habanas que te apetezcan”. La Habana ya no es solo el nombre de este puerto antillano, de esta perla, sino cualquier lugar que pueda alcanzar la imaginación desde este sitio en La Habana vieja.

Si Borges hizo del universo una biblioteca infinita y en otra parte concentró el universo en un punto al que nombró

con la primera letra del alfabeto hebreo (“Todo este poema me lleva a pensar que soy una Letra y la imagen de esa Letra”, dice Báez en “Abjuración de la poesía”), Lezama Lima hizo lo propio, concentró el universo en su biblioteca y viajó a sus anchas por él, transitando de una época a otra, de una ciudad a otra, en su procelosa silla mecedora. El poeta ecuatoriano, que había embarcado en un puerto que da al Pacífico, llega un día a la casa de Lezama, asiste a su entierro, ve o imagina (lo que para el caso es igual, dada la índole de poeta visionario) cómo sacan los tres ataúdes que llevan los cuerpos del maestro, de su alter ego José Cemí y del poeta visitante convertido en personaje por la magia lezamiana. Después sorprende al maestro en su cambio de casa a Trocadero, le ayuda con las cajas de libros, con sus cajas de universos, y luego, cuando el asma devuelve a José a la mecedora, escuchan juntos la radio, ese milagro de la época ya lejana de los años 40 o 50. ¿Escucharon los boleros y sones de los viejos tríos habaneros o tal vez a Beni Moré? Porque en La Habana suena la música en todas sus esquinas y sus soportales, en todas sus plazas y sus parques.

El Cero del poema inicial se ha desplegado hasta la Coda en una narrativa por esas distintas Habanas que dan al mar de la poesía, que dan al océano que es el poema infinito al que se acerca cada poeta para dejar sus aves y sus peces en la multiplicación de las aguas y el aire, de las olas y el viento, aves y peces que se reflejan mutuamente, el mismo mar siempre diverso, el mar de las referencias sin término de un poema a otro, de un poeta a otro, de una imagen a otra. Concluido el viaje,

se cierra la ciudad. Mas se cierra para otra partida, para otro recorrido, para otro inicio. En el umbral del libro, nuevamente se deja la palabra a Lezama, que flota y no corre, el gran espectro siempre en su silla mecedora, con su asma, su habano y el mundo entre sus manos.

He leído y releído con placer y entusiasmo *El mismo mar de todas las Habanas*. Yo agradezco al autor por su generosa invitación para que presente el libro, le agradezco sobre todo porque ha sido muy grato recorrer con su fantasma que transita por estas páginas junto a los de Lezama, de Borges, de Homero y de tantos otros poetas con los que dialoga, las fascinantes Habanas que plasma en sus imágenes, construidas a través de versos límpidos, de precisa dicción, armónicos de principio a fin. Y quiero terminar diciendo a ustedes, amigas y amigos, que ojalá haya logrado transmitirles mi entusiasmo frente al libro, pues en verdad es espléndido el viaje al que nos invita.

IVÁN CARVAJAL,
PONTIFICIA UNIVERSIDAD
CATÓLICA DEL ECUADOR
QUITO, 24 DE ENERO DE 2013

**ALICIA ORTEGA CAICEDO
Y RAÚL SERRANO SÁNCHEZ, EDITORES,
*Jorge Icaza, Pablo Palacio:
vanguardia y modernidad,***

Quito, Universidad Andina
Simón Bolívar, Sede Ecuador /
Doble Rostro Editores, 2013, 460 p.

En 2006, la Universidad Andina Simón Bolívar organizó el “Congreso Internacional Jorge Icaza, Pablo Palacio y las Vanguardias”, al que concurren importantes personalidades relacionadas con la literatura hispanoamericana, su historia, comentario y crítica, como la argentina Celina Manzoni –gran conocedora y difusora de Palacio–, los franceses Olga Caro y Pierre López, el chileno Mauricio Ostria, el peruano Mirko Lauer, la mexicana Celene García, los españoles Teodosio Fernández y Eduardo Subirats, los ecuatorianos Raúl Vallejo, Yanna Hadatty, Humberto Robles –nuestro mayor teórico sobre vanguardias– o el norteamericano Michael Handelsman.

Ahora, con un retraso que no afecta a su trascendencia, la UASB, dentro de un nutrido grupo de publicaciones que han marcado sus 20 años de existencia, entrega un vasto tomo de memorias (460 p.) con los distintos trabajos expuestos en el congreso, cuyos editores son los excelentes críticos Alicia Ortega y Raúl Serrano, coordinadores del simposio.

Conforman la obra cuatro secciones: Vanguardias latinoamericanas: paradigmas, polémicas, derroteros; Aproximaciones a Jorge Icaza; Aproximaciones a Pablo Palacio y Jorge Icaza y Pablo Palacio en diálogo. Contiene una presentación, en la que Alicia Ortega traza la justificación del en-